

CAPITULO XXXIII

Sertorio. Segunda y tercera guerra contra Mitridates.

Apenas había cerrado Sila los ojos, cuando Emilio Lépido intentó derogar sus leyes y comunicar nuevo impulso á la facción italiana; pero encontró en el otro cónsul, Lutacio Cátulo, un adversario tan ferviente como fiero; creyó el Senado que debía obligarles á jurar que nunca llegarían á las manos uno contra otro. Enviado el primero á la Galia Narbonense, se detuvo en Etruria, donde enganchó á mucha gente y retornó á Roma para solicitar la confirmación del consulado; puesto en fuga por Cátulo y Pompeyo, se trasladó á Cerdeña. Proponíase llevar la guerra á Sicilia, cuando su muerte libertó á la república del miedo que podía infundirle (77). Marco Junio Bruto, que había empuñado las armas en la Galia Cisalpina por la misma causa, fué hecho prisionero en Módena por Pompeyo y decapitado. De este modo se aseguraron los parciales de Sila el goce de sus bienes, en cuya defensa habían vuelto á esgrimir el acero.

Con mucha más energía era sostenido el partido de Mario y de los italianos en España por Q. Sertorio, que había mezclado su propia causa á la de la independencia nacional. Nacido en Nursia, Sertorio había seguido la senda habitual de los jóvenes romanos, empezando por abogar en el foro y combatiendo después contra los cimbras, en cuyo campamento tuvo la audacia de penetrar como espía. Su valor le conquistó el afecto de Mario. Lidiando en España mereció grandes elogios, y llegando á cuestor en la guerra de los aliados, levantó prontamente un ejército, perdió un ojo en una batalla y fué recibido en el teatro con estrepitosos aplausos. Mezclóse en la lucha de las facciones, poniéndose de parte de Mario; luego cuando le vió declinar corrió hácia la Iberia para prevenir que la ocuparan sus contrarios, y á fin de proporcionar un asilo á sus amigos. Compró á los montañeses de los Alpes la facultad de cruzar libremente sus desfiladeros, y como se le censurase por ello, dijo: *El que medita grandes proyectos, nunca puede pagar el tiempo á un precio que parezca demasiado caro.*

Nunca se había resignado España al yugo y estallaban de continuo sangrientas protestas

contra sus dominadores. Enviado el cónsul Tulio Didio á apaciguar aquellas rebeliones, trató á los naturales con barbarie (93). Habiendo concebido sospechas contra los que poco ántes habían sido conducidos á Colenda para formar allí una colonia, les prometió otras tierras: después, cuando llegaron á su campamento con sus familias, mandó separar hombres de mujeres y niños; hizo que fuesen degollados todos por sus legionarios. Roma aprobó esta matanza: corrieron á las armas los celtíberos; pero hubieron de doblegar al fin su frente y de sujetarse á la coyunda. Como hallase Sertorio al país malísimamente dispuesto contra gobernadores arrogantes y avarientos, supo granjearse la confianza de los iberos, tratándoles con dulzura, eximiéndoles de alojamientos militares y administrándoles justicia.

Hecho Sila señor despótico de Roma, encargó á Cayo Aunio la expulsión de Sertorio; pero éste se sostuvo en el país por bastante tiempo, por ser muy favorable el terreno á la guerra defensiva: anonadado al fin por el número, acabó por trasladarse á Africa, de donde no tardó en volver de nuevo por haber sido muertos á manos de los bereberos los soldados que llevó consigo. Otra vez repellido formaba el designio de cruzar el estrecho para ganar las islas Afortunadas, donde según las relaciones de algunos traficantes, era deliciosa la temperatura, fértil el terreno, donde las halagüeñas brisas soplaban impregnadas de rocío, donde crecían naturalmente los frutos. Pero nunca podía asir aquella paz que embelesaba sus sueños, y le hacía blanco de terribles pruebas. Primeramente asedió en Africa á Tingis (Tanger), se apoderó de ella á despecho de los partidarios de Sila, y la trató con generosidad. Llamáronle entonces los lusitanos en su ayuda contra Annio; acudió á este llamamiento, y á la cabeza de ocho mil hombres, rechaza sucesivamente á seis generales que mandan á ciento veinte mil infantes, seis mil caballos y dos mil arqueros. Deseosos los pueblos de recuperar su libertad y descontentos todos de la conducta de Sila, fueron á engrosar las filas de su ejército. Habiendo puesto en derrota á los romanos, constituyó en la Lusitania una república con un Senado compuesto de los italianos más distinguidos entre los que se habían refugiado á su campamento.

Elegía entre ellos los cuestores y los demás magistrados, no concediendo ninguna autoridad á los españoles, á pesar de que sus brazos y sus armas constituían toda su fuerza. Razon tenía en decir, al comparar su Senado lleno de hombres firmes é independientes, con el que se había hecho vasallo de Sila: *Roma no existe ya en Roma, sino donde yo me encuentro.*

Exento de las pasiones ruines que deshonoraban á los demás jefes del pueblo, no se dejaba arrastrar por el deleite, ni por el miedo, ni por la venganza. Generoso en las recompensas, moderado en los castigos, héroe por el denuedo, no cedía á ningún capitán en el arte de modificar su táctica según el terreno y según el enemigo, de evitar los compromisos, de perseguir á su adversario, de atraerle á una emboscada; tenía en jaque á ejércitos enteros con un puñado de valientes, luego los empujaba poco á poco á parajes donde la pesada legión romana no podía maniobrar libremente, ó donde llegaban á faltarle víveres y agua. Ningún español le aventajaba á conocer todos los pasos y hasta el más mínimo sendero; ningún cazador era más ágil en salvar las montañas. Cubierto con una espléndida armadura cortaba la marcha del enemigo, le inquietaba en sus campamentos, asediaba á los sitiadores, y á veces se presentaba en las trincheras y retaba á su caudillo. Audaz á la par que astuto, le acontecía á veces penetrar disfrazado entre las filas de los romanos.

Sabia al mismo tiempo ganarse el afecto de los españoles; si peleaban en su favor les daba mucho dinero y excelentes armaduras. Reunió en Osca á los hijos de los principales de ellos, y los hizo educar á la romana, vestir perfectamente y galardonar del mismo modo. Eran para él preciosos rehenes, y al propio tiempo satisfacía á sus padres ver cómo llegaban á ser instruidos, lo cual debía conducir á civilizar la comarca. También él había adoptado el traje, el idioma y la creencia de los españoles; mantenía además entre las tropas una rigurosa disciplina. Informado de que una española había sacado los ojos á un soldado que quería violarla, y que la cohorte á que pertenecía pretendía vengarle imitando su brutal ejemplo Sertorio la condena toda á muerte para que escarmentara su ejército.

Era uso en los generales españoles tener escuderos consagrados á su servicio hasta morir con ellos. Sertorio los tuvo á miles, que en medio de los peligros no pensaban más que en salvar su vida. Para obtener un crédito sobrenatural y más pronta obediencia, pretendió haber descubierto los huesos del libio Anteo, cuya estatura era de sesenta codos; también decía que Diana le había hecho el donativo de una cierva blanca que le revelaba las cosas de que le informaban sus espías, y le sugería lo que su prudencia le inspiraba como oportuno. Algunas veces animaba el arrojo de sus tropas ó las persuadía con el auxilio de parábolas, medio poderoso para los espíritus vulgares. A fin de hacerles renunciar á los ataques precipitados mandó traer un corcel vigoroso, y dijo á un hombre de los más robustos que le arrancase la cola. Después de emplear inutilmente todos sus esfuerzos, ordenó que se la quitase cerda á cerda un débil anciano, demostrándoles que la perseverancia vale más que la violencia.

Metelo, uno de los más hábiles generales de Roma, zozobró luchando en contra suya, y Sila murió con el pesar de no haber podido destruir aquel foco de rebelión contra la república romana, asilo de todos los descontentos que se sublevaban en su daño. Con efecto, el Asia empezaba á levantar la voz contra las ávidas exacciones de los caballeros, cuyo usurario tráfico, unido á sus vejaciones, empujaba á los pueblos á la rebeldía. Entrando de nuevo los senadores en posesión de los juicios, y seguros de su tranquilidad, ejercían respecto de las provincias tal tiranía, que sus actos serían increíbles si el proceso de Varres no los atestiguara. Por una parte, los corsarios figuraban como señores de los mares y devastaban las costas; por otra, los esclavos hacían resonar sus cadenas con formidable ruido, y Mitridates preparaba el Asia á empeñar de nuevo una sangrienta lucha.

Contra tantos enemigos amenazadores iba á lanzar la fortuna á Pompeyo, una de sus hechuras. Ya hemos hablado anteriormente de su padre, cuya avaricia le había concitado el odio de los soldados hasta el punto de tramar éstos su muerte. Supo sustraerle al peligro la rectitud de su hijo, si bien no pudo impedir que indignado el populacho ultrajara su cadáver

luego que exhaló el último aliento. Nacido de un padre odiado, llegó á ser Pompeyo ídolo del pueblo. Apenas se hubo libertado de las persecuciones de Cinna y de Carbon, se vió acariaciado por Sila, quien le juzgó idóneo para adquirirle parciales, sin que por esto se creyera capaz de hacerle sombra. Por imitación secundó la crueldad del dictador, ya que no por carácter, pues se mostró generoso en algunas ocasiones. Cuando sometió el Africa, Sila se obstinaba en negarle el triunfo cuando le dijo: *Ten presente que los ojos se fijan más bien en el sol que sale que en el que se pone.* Su atrevimiento agradó á Sila, quien exclamó de este modo: *¡Triunfa, triunfa!*

Pompeyo supo á fondo todos los medios que dan renombre, ese objeto de las medianías. En la guerra se apropiaba la gloria de los demás generales. Tenía en tiempo de paz cien voces amigas que no cesaban de ensalzar sus méritos. De este modo se abrió camino al poder supremo; mas cuando se trató de asirlo, le perdió su carácter débil y dejó que le superasen los que con él se habían encumbrado. Mientras se recreaba con el humo, figurándose que el poder estribaba en los honores, sus rivales, ménos cuidadosos de las apariencias, llegaban á poseerlo realmente.

Entretanto, Sertorio, que había extendido su autoridad por toda España, se había hecho más temible que nunca, y urgía oponerle un general que estuviese en mejor situación para luchar con él que Metelo. Propúsose, pues, á Pompeyo, que acababa de adquirir nuevos títulos á la confianza pública, apagando la rebelión de Lépido. Aun cuando por su edad y por su maestría no se encontrase al nivel de tan grande empresa, un decreto le confirió el mando de España. A este tiempo, Sertorio, cuyas fuerzas se habían aumentado con el ejército que Perpenna le había llevado, puso sitio delante de Laurona. Como se le anunciase que Pompeyo se vanagloriaba de que le cogiera entre esta ciudad y su ejército, le respondió: *Debería no ignorar el discípulo de Sila que un buen general mira más detrás de sí, que hácia adelante.* Con efecto, el mismo Pompeyo se encontró cercado por todas partes, y hubo de renunciar á socorrer la ciudad, que fué tomada é incendiada á sus ojos en castigo de sus fanfarronadas. Pompeyo se incorporó á Metelo, si bien no por

eso dejó de ser derrotado dos veces por fuerzas inferiores á las suyas; de modo, que reducido á la situación más apurada, escribía al Senado instándole á que le enviase hombres y dinero.

Sertorio, nuevo Anibal, hubiera podido cruzar la Galia y descender de los Alpes, tanto más terrible cuanto que, peleando por la causa nacional, hubiera tenido en favor suyo la simpatía de los pueblos; pero amaba á su patria, donde tenía una madre á quien quería entrañablemente. Su deseo de regresar allí pacíficamente le hizo proponer á los dos generales, someterse licenciando sus tropas, bajo la sola condición de que sería revocado el decreto en virtud del cual estaba proscripto. Fueron rechazadas sus ofertas.

Había llegado hasta el Asia el ruido de sus proezas, y Mitridates, que buscaba en todas partes enemigos á Roma, le despachó embajadores. Le prometieron en su nombre, después de haberle comparado á Pirro y Anibal, una suma de 3.000 talentos, cuarenta galeras completamente equipadas, para combatir á los romanos en España mientras que el rey del Ponto recuperaba las provincias, por él cedidas, al celebrarse la paz. Fiel Sertorio á la causa de su patria, y considerándose como representante suyo, dió por respuesta: *No es mi intención acrecentar mi poder con detrimento de la república; guarde él la Bitinia y la Capadocia, que no piensan disputarle los romanos; pero no consentiré que tome en el Asia Menor una pulgada de tierra más de lo que se ha convenido en los tratados.*

Al oír esta contestación exclamó Mitridates: *Si manifiesta tanta exigencia, hallándose proscripto y fugitivo en las riberas del Atlántico, ¿qué haría si presidiera en Roma las deliberaciones del Senado?* No obstante, cultivó su amistad, le envió los 3.000 talentos y las galeras; y Sertorio, bajo la reserva expresada, le remitió un cuerpo de tropas. Por su desgracia ponía Sertorio más confianza en los romanos que en los bárbaros, y por obrar á gusto de los primeros se enajenaba á los indígenas. En aquella multitud de desterrados no faltaban traidores que, para privarle del afecto de los pueblos, los sometían á pesados tributos y á vejaciones de todas clases. Ulcerados al fin por sus excesos se sublevaron, y para castigarlos Sertorio mandó

matar ó vender á los jóvenes que había reunido en Osca. Entonces Perpenna, su teniente y alma de la conjura, le asesinó en una cena (72); luego fué á entregar su ejército á Pompeyo, á quien dió las cartas que los partidarios de Sertorio le habían enviado desde Roma. Pompeyo condenó á muerte al traidor y á algunos de sus cómplices; otros fueron asesinados por los indígenas, ó fueron á Africa á arrastrar una existencia mísera é infame. Pompeyo quemó hasta los papeles que había recibido, por miedo, según se cuenta, de encontrar allí comprometidos algunos personajes de Roma. En un abrir y cerrar de ojos quedó reducida toda la España á la obediencia, y la facilidad con que fué terminada una guerra de diez años prueba ménos el mérito de Pompeyo que el de Sertorio.

Obtuvo, pues, Pompeyo por segunda vez los honores del triunfo antes de que su edad le consintiera tomar asiento en el Senado. Después de haber servido los caballeros el tiempo prescrito, se dirigían á la plaza pública, llevando su caballo de la rienda, delante de los censores, como en el tiempo en que la inspección de estos magistrados se limitaba á examinar su equipo; declaraban á las órdenes de qué generales habían combatido y el número de sus campañas; luego se les licenciaba con censura ó con elogio. Pompeyo fué, pues, como caballero á presentarse al censor, vestido con el traje consular y precedido por los lictores: y cuando le preguntó éste: *Pompeyo el Grande ¿has servido todo el tiempo prescrito por la ley?* respondió: *Sí, y bajo mi propio mando.* Al pronunciar estas palabras estallaron unánimes aplausos, y todo el pueblo y hasta los mismos censores le acompañaron hasta su morada.

Otros laureles le aguardaban en Asia. Mitridates no había aceptado la paz de los romanos, sino para cobrar aliento y aprestarse de nuevo á la guerra. Era una guerra terrible para Roma, porque no tenía que habérselas con poblaciones afeminadas ó con un príncipe de orgullosa impotencia. Se trataba de un rey que dominaba desde los confines de la Grecia hasta el Cáucaso, y á quien la Escitia suministraba de continuo nuevas tropas, dinero el comercio del Ponto Euxino, una actividad prodigiosa y una índole indómita nuevos recursos. Ocupada Roma en sus discordias intestinas, le había

dejado engrandecerse y prepararse á la lucha; muchos ciudadanos que habían sido proscritos por ella iban á poner á su servicio, su brazo, su habilidad ó su odio. Los demás reyes que habían hecho la guerra á Roma parecían como si no tuvieran más objeto que la paz; por eso, temiendo los otros Estados verse abandonados en lo más recio del peligro, no se atrevían á contar con ellos. Por el contrario, reconocieron en Mitridates á un enemigo personal é implacable de Roma: así las ciudades del Asia y de la Grecia se declararon abiertamente en favor suyo, juntándose al rey bárbaro que les llamaba á la libertad.

Empezó por castigar á los países que le habían sido hostiles, y sometió primeramente á los rebeldes de la Colchida; luego á aquellos que le habían pedido por rey á su hijo (71), sospechando que este príncipe había sido instigador de la rebeldía; y le hizo atar con cadenas de oro, y mandó que se le diera muerte. En seguida dirigió sus tropas de tierra y una fuerte escuadra contra los habitantes de las riberas del Bósforo Cimeriano. Entonces, temiendo que pensara ocupar la Capadocia, Murena, que Sila había dejado en calidad de pretor en Asia, la invadió en persona, y á pesar de las protestas de Mitridates, devastó las costas y taló las fronteras del reino. Hizo además una tentativa sobre Sinope, residencia del monarca, con la esperanza de hacer allí mucho daño, para merecer el triunfo. Pero Mitridates rechazó á los romanos, y fueron encendidas grandes hogueras en las cumbres de las montañas, para anunciar á lo lejos que la Capadocia había quedado libre de enemigos.

Continuó sometiendo á los pueblos circunvecinos del Bósforo, y parece que llamó á los sármatas á Europa: invadió posteriormente el Asia, donde las concusiones de los exactores romanos hacían que se le mirase como á un libertador. Esta provincia, que se había visto obligada á tomar prestados con usura 20.000 talentos pagados á Sila, estaba á merced de los publicanos; su avaricia llevó tan lejos el refinamiento, que la contribución ascendió en pocos años á 120.000 talentos (660.000.000), y yacían los desafortunados deudores entre el lodo en el invierno, y expuestos al sol durante el verano; eran hacinados en las cárceles, y ator-

mentados en los caballetes; y para saciar á aquellos hombres de rapiña, vendian las ofrendas de los templos, sus mujeres, sus hijas vírgenes, sus hijos pequeños, y acababan por venderse á sí mismos.

Mitridates vió agregarse á su partido muchas ciudades descontentas. Hacia que le precedieran en sus expediciones, como para justificarlas, muchos oficiales romanos, y un Mario que le habia enviado Sertorio, con el título de procónsul. Habiendo reconocido que el lujo de las armas no aumentaba la fuerza de sus tropas, mandó hacer espadas y escudos semejantes á los de sus vencedores, ejercitó á sus soldados en las maniobras romanas, se proporcionó una buena caballería, y enderezó todos sus pensamientos á la guerra.

A este tiempo murió Prusias (75), rey de Bitinia, instituyendo al pueblo romano por su heredero. Esta coyuntura pareció á Mitridates de las mas favorables, y se aprovechó de ella para invadir aquel país y la Capadocia, de donde Tigrano, rey Armenia y su yerno, arrancó hasta trescientos mil hombres para poblar su nueva ciudad de Tigranocerta.

Roma vió que era tiempo de poner coto á semejantes engrandecimientos y se decidió á desenvainar de nuevo la espada. Tan enormemente habia enriquecido la primera guerra de Asia á Sila y á los suyos, que aspiraban numerosos concurrentes á encargarse de ejercer el mando en ésta, y entre ellos Lucio Lúculo. Era éste un partidario de Sila, hombre estudioso, honrado, espléndido, protector de todos los griegos en Roma; su probidad era sin tacha, tanto como puede serlo la de un rentista; en la primera expedicion habia dulcificado la severidad de Sila hasta donde estuvo á su alcance. Al partir este último con direccion á Italia, le habia dejado en Asia para cobrar las contribuciones de guerra, y al morir le habia legado la tutela de su hijo, deberes que cumplió perfectamente.

Deseoso de obtener el mando contra Mitridates ganó á Precia, célebre cortesana, que sabia sacar partido de sus encantos en provecho de sus amantes; llegó á conseguir por medio de Ceteo, árbitro á la sazón de la república y su humildísimo esclavo, para Lúculo, la comision lucrativa de la guerra de Asia. Decretó el

Senado 3.000 talentos para el ejército de mar; pero Lúculo los rehusó, diciendo: que para vencer por mar á Mitridates bastarian las naves de los aliados. Como aquella era la primera vez que mandaba en jefe pensó en hacer su educacion militar, leyendo durante la travesía á Polibio, Jenofonte y las demas obras griegas sobre el arte de la guerra. Dificil sería decir hasta qué punto este método de instruccion le fué provechoso; pero ya fué mucho si le enseñó á aguardar con paciencia. Calculó que una muchedumbre formada de pueblos diferentes debía carecer muy en breve de víveres, olvidar la disciplina y dispersarse en consecuencia, y que le bastaba por lo mismo observar de cerca, evitando todo compromiso. Sin embargo, no era esta tarea muy fácil con un ejército como el suyo acostumbrado bajo las órdenes de Fimbria y de Murena á la insubordinacion y al saqueo, más enemigo de la inaccion que del peligro.

Acogido en Asia con grande alborozo en memoria de su antigua benevolencia, se aplicó enteramente desde su llegada á desarraigat los abusos, enfrenar la voracidad de los republicanos, reduciendo la usura á uno por ciento al mes, prohibiendo la acumulacion de los intereses al capital, y haciendo entrega de todos los que superaban la principal suma; así se encontraron los bienes de los deudores libres en cuatro años de las hipotecas con que estaban gravados. Estas reformas y la generosidad con que trataba á los vencidos, hicieron entrar en sus deberes á muchas ciudades; y sus soldados, cuya disciplina le habia costado muchos afanes, se querellaban de aquella templanza, que les privaba del placer de derramar sangre y de los beneficios del saqueo.

Entretanto Mitridates tenía en pié de guerra ciento cincuenta mil infantes, doce mil caballos y cien carros armados de dallos: su escuadra se componia de cuatrocientas velas: de este modo podia acometer á la vez por diferentes puestos á sus enemigos, reducidos á la inaccion por la desigualdad de fuerzas. Así hizo sufrir más de una derrota sangrienta á los tenientes de Lúculo; él, por el contrario, se mantenía por necesidad á la defensiva, y jamás pudo atraerle Mitridates á la pelea en tanto que no estaba seguro de la victoria. Alcanzó una

insigne delante de Cízica, obligando al rey del Ponto á levantar el asedio y matándole miles de soldados. Persiguióle en el Helesponto, junto á las costas de la Bitinia, que sujetó al punto, así como la Paflagonia y la Capadocia. Desbaratando con habilidad los proyectos del enemigo y haciéndole caer en las redes que le tendia estrechó tan vivamente á Mitridates, que, abandonado por su ejército, se vió reducido á huir de nuevo, no llevando casi consigo más que sus inmensos tesoros, para refugiarse cerca de Tigrano, su yerno. Hasta hubiera caido en manos del enemigo, á no tener la presencia de ánimo de hacer romper los sacos llenos de monedas de oro, con iban cargados detrás de él sus mulos. Los soldados romanos y los gálatas perdieron en recogerlas el tiempo, que en la guerra es el todo, y dejaron que el rey escapara sano y salvo.

Habia dejado en Farnacia sus mujeres, sus concubinas y sus hermanas: envió al enunco Báquidas con orden de darles muerte, á fin de que no fueran presa del vencedor. Entre ellas se encontraba la jonia Monima de Mileto, tan magnánima como hermosa. Doncella, no habia cedido al rey del Ponto, que habia intentado inútilmente seducirla con el regalo de 15,000 monedas de oro, sino cuando consintió en tomarla por esposa. Una vez casada, fué encerrada en el serrallo, donde no dejó de echar de ménos la libertad griega comparándola á su fastuosa esclavitud. Llegó el enunco y dijo á las mujeres del monarca, que eligiesen la clase de muerte que preferian. Monima trató de ahorcarse con la banda real, pero se rompió, y ella exclamó: *¡Maldita banda, no sirve ni aún para esto.*

Tigrano, en cuya casa se habia refugiado Mitridates, era ya el más poderoso soberano del Asia Occidental. Ocupado con grandes proyectos, habia abatido el poder de los partos, hecho renunciar á los árabes escenitas á su vida nomada, los habia llamado á su vecindad en interés del comercio; además habia hecho trasladar de la Cilicia y de la Capadocia multitud de habitantes para poblar la Mesopotamia. Habia convenido con Mitridates que en sus comunes expediciones, el rey del Ponto conservaria las tierras, y él el botin y los prisioneros. Cansados los sirios de las disensiones sangrientas duran-

te las cuales los seleucidas, ayudados unas veces por la perfidia y otras por las armas extranjeras, y sobre todo por los egipcios, se habian disputado la corona en una no interrumpida série de parricidios, triunfos y derrotas, habian elegido á Tigrano por rey. Habíanle bastado diez y ocho años para poner al país en un estado floreciente, principalmente desde la paz concertada con Sila.

Sin embargo, Mitridates anhelaba romperla. Le habia enviado con este objeto una embajada solemne, á cuya cabeza se encontraba Metrodoro de Escepsis, hombre de estado distinguido, á quien tenía en tanta estima que le habia apellidado Padre del rey. Habiéndole llamado aparte Tigrano, le rogó le dijese con sinceridad su parecer sobre lo que le convenia hacer. Considerándose honrado Metrodoro con su confianza le dijo, que como embajador, debia aconsejarle se uniese á su suegro, y como particular que no atacese á un pueblo tan poderoso como los romanos. Agradó su respuesta á Tigrano, y en la creencia de que Mitridates honraria tambien la franqueza de su ministro, le dió parte de ella. Murió Metrodoro á su vuelta, ó fué asesinado.

Creyó Tigrano sostenerse en equilibrio entre dos enemigos encarnizados; envió socorros al rey de Ponto, sin declararse en contra de los romanos. Cuando fué vencido Mitridates se limitó á reunir todas sus fuerzas para alejar en caso de necesidad á los vencedores que le amenazaban; dió sin duda asilo al ilustre fugitivo, pero le manifestó desvío, pues no quiso verle ni verificar ningun tratado con él. Empezó entonces á hacer la guerra á los partos; sometió la Mesopotamia, derrocó á Cleopatra, último vástago de los príncipes de Siria, á quien dió cruelmente muerte; conquistó la Fenicia y se extendió hasta las fronteras del Egipto. Tomó entonces el título de Rey de los Reyes; permanecian en efecto cuatro reyes á sus lados, escoltándole como escuderos cuando salia, y los hacia asistir á sus audiencias de pié junto á su trono con las manos cruzadas sobre el pecho. Pero el fausto no es la fuerza.

Veía Roma con celos aquellos vastos estados en poder de un monarca con quien ella no podia contar. Con objeto de tener un pretexto de guerra, le hizo pedir Lúculo que entregase